

de los habitantes de la mar del Sud, los buques echaban el ancla á muchos kilómetros de la orilla de las islas por temor de los arrecifes, y pronto se encontraban circundados de toda la población de las tierras vecinas, hombres, mujeres y niños, que rodeaban las monstruosas embarcaciones dando gritos de alegría.

La navegación no tardaría en aliarse á la natación, y en un principio por los medios más rudimentarios. Así los «gran Batangas», gentes de piel negra, de origen Bantu, que viven en el litoral africano, entre el Kamerun y el Gabon, se sirven de esquifes que no pesan más de siete á ocho kilogramos, que el batelero toma bajo el brazo cuando desembarca; por la forma general, esas embarcaciones largas, estrechas, apenas ahuecadas, pueden compararse á los caballos de madera. Los Batangas se sostienen sobre ellos á horcajadas, maniobrando con sus piernas para dirigir, equilibrar el barco y evitar los golpes de las olas que podrían llenarlo. Los europeos veían con admiración aque-



CANOA DE BLANCHE BAI (MELANESIA)

Según una fotografía.

En mares en que la rompiente no es menos formidable, sobre las costas de Coromandel, por ejemplo, los ribereños se sirven de *calamaran* ó almadias, sobre los cuales se desarrollan libremente las olas, amenazando á cada asalto llevarse á los remeros. Así mismo sobre las costas brasileñas, á lo largo de Bahía y de Pernambuco, suele encontrarse, muy lejos de tierra, una *jangada*, simple construcción provista de una vela, pobre reunión de madera ligera, sobre la cual voltea la ola, rociando al remero, que ordinariamente suele verse obligado á amarrarse á su aparato fijando en él también su cantimplora y su pesada piedra de ancla.

A bordo de embarcaciones de esa clase, unos marinos de la costa americana, pertenecientes al grupo étnico de los Quichúas, descubrieron

llos caballeros y sus extrañas cabalgaduras deslizarse como insectos sobre el agua, dominando con movimientos bruscos aquellas olas tan temidas del quebrado litoral donde los marineros más experimentados no se aventuraban sin temor.



JEFE SIOBAN Y SUS ARTEFACTOS DE PESCA (SUMATRA)

Según una fotografía

Los Galápagos lo menos dos siglos antes de la llegada de los españoles, y llegaron probablemente hasta la isla de Pascua, donde, según algunos autores, dejaron como testimonio de su visita las extrañas esculturas transportadas hace poco al peristilo del *British Museum*. En los mares donde soplan vientos regulares, alternando del día á la noche ó de una estación á otra, las gentes audaces y aventureras se encuentran particularmente solicitadas, siendo naturalmente impulsados á viajar de isla en isla, en los sitios que surgen las tierras á poca distancia unas de otras; de ese modo hubo de hacerse la navegación en el mar Egeo, donde las etapas están marcadas de antemano, y la navegación debía de hacerse como por la atracción de imanes sucesivos.

Pero no todos los mares son benignos ni todos los vientos propicios, y son escasos los parajes que merezcan realmente el nombre de *Golfo de*

las *Damas* que los primeros pilotos españoles dieron al «Pacífico» mejicano, porque, como decían, el brazo de una mujer bastaba para dirigir la embarcación. Ciertas partes del Océano, situadas en el recorrido de los vientos rápidos, de las ráfagas y de los ciclones, se elevan y se hunden en ondulaciones poderosas donde, á veces en un caos hirviente de olas entrecrocadas, parece que todo esquivo habría de desaparecer rápidamente. Y, sin embargo, tal es la fuerza de atracción que ejerce este mar siempre en movimiento, y tal es, por otra parte, la necesidad y el hambre que sienten muchos pueblos establecidos sobre una costa estéril, cerca de las aguas de pesca abundante, que, hasta en esos peligrosos sitios el marino sea ventura sobre débiles tablas industriosamente reunidas.

Sobre el contorno de los continentes, en las islas y en los archipiélagos, no hay lugar que no conserve en su nomenclatura toda una historia siniestra de naufragios y desastres. Para los ribereños de la costa bretona, el nombre de «bahía de los Muertos» no es un término geográfico como tantos otros, y al pronunciarlo piensan en la serie de dramas que allí se han realizado en la epopeya terrible de las existencias humanas devoradas por el mar: se les representan los buques con los mástiles rotos, las velas desgarradas, empujados de modo irresistible hacia la costa; oyen el choque de la quilla rozando la arena, el arrastre de las anclas y de las cadenas sobre las piedras; durante las noches tempestuosas, pareceles oír los gritos, los lamentos de los desesperados, de los moribundos, hasta de los muertos, sobre los mugidos de las olas.

Y si el mar obra tan poderosamente sobre los espíritus de las poblaciones costeras más ó menos civilizadas y hasta de los marineros de nuestras marinas modernas, á pesar de las nuevas invenciones, de las maravillas de la máquina, de los itinerarios razonados, cuánta mayor debiera de ser su influencia determinante sobre insulares alejados de la costa, viviendo, como las gentes de las Hébridas, de las Orkney, de las Shettland ó de los Färøer, sobre rocas casi sin árboles, revestidas de un musgo escaso, cortadas bruscamente en acantilados por la erosión de la ola y sin otra comunicación con la playa y el mar mugiente que estrechas fallas ó chimeneas casi verticales por donde se desciende por medio de cuerdas.

La vida de los ríos obra poderosamente sobre el hombre, pero ¡cuán poca cosa es un Mississipi, un río de las Amazonas, sin hablar de un Rhin



TIPO DE CANOAS NEO-ZELANDESAS, HECHAS DE TRONCOS DE PALMERAS

(La vela es de palmas reunidas)

Dibujo de G. Roux, según una fotografía del Museo de Etnografía

ó de un Escalda, en comparación de las extensiones oceánicas! Siguiendo la forma y el contorno de las orillas, las latitudes, el régimen de los vientos y de las corrientes, el mar es benigno ó terrible, manso ó formidable, pero siempre aparece vivo, activo, apasionado, dotado aparentemente de una voluntad á la vez colectiva y múltiple en su conjunto y en cada una de sus olas, en cada rompiente, en cada copo de espuma.



UNA «JANGADA» BRASILEÑA

Dibujo de G. Roux, según un documento fotográfico.

Todas nuestras leyendas, todas nuestras literaturas, desde la *Odisea* celebrando la temible y poderosa vida del Océano «de las mil voces», nos hablan de él, pero los marinos sienten de muy distinta manera su grandeza. No habiendo de limitarse, como los hombres de tierra, á gustar sencillamente los goces estéticos, viven por y para el mar: es su generador, su compañero y con frecuencia su asesino; le aman, le adoran, pero se sienten fascinados, hechizados, aterrorizados por la vista de las aguas, y viéndolas, piensan que dormirán un día en una capa de algas ó

de arenas. Su constante impresión da seriedad á la existencia: el marino conserva siempre en su plácida mirada como un reflejo de la muerte que tantas veces ha desafiado.

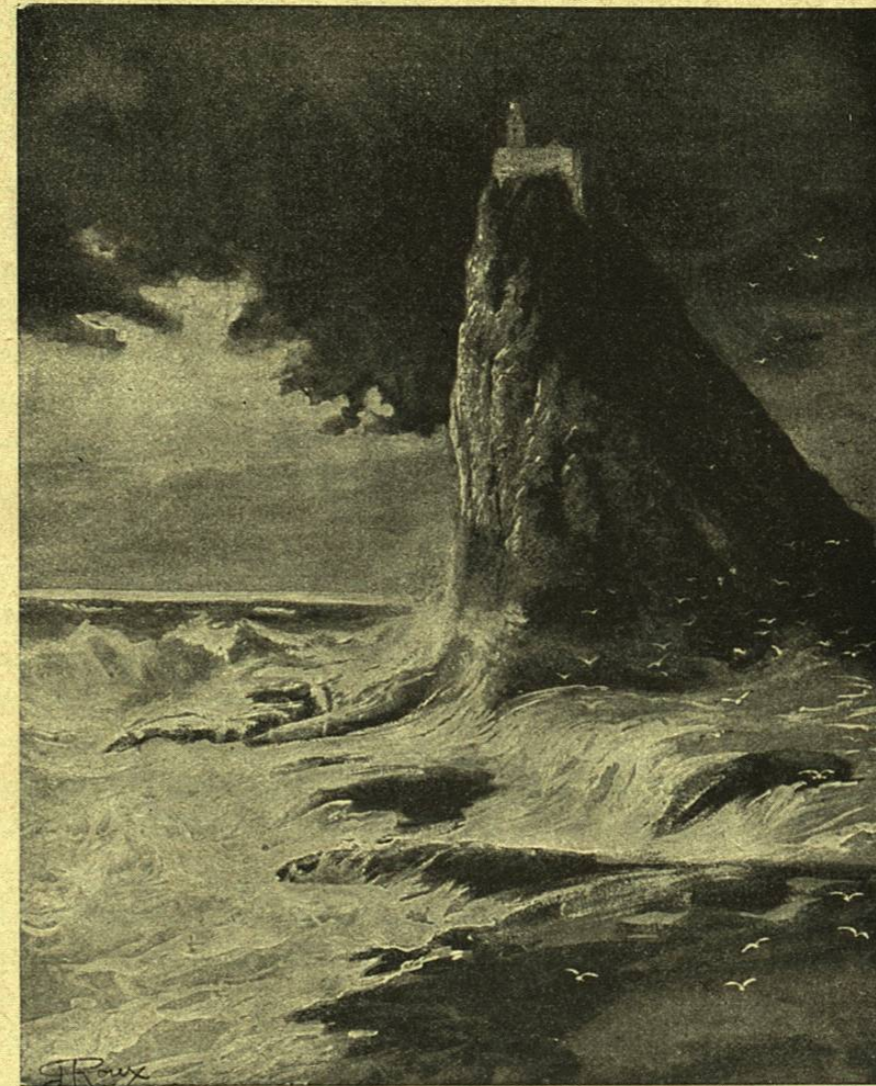
El gran contraste de los medios—campiñas del interior y playas marinas—determina una singular oposición entre las gentes de tierra y las de mar. Del uno al otro ambiente todo ha cambiado, la naturaleza y los individuos con ella. Se necesita formar parte de una humanidad ya muy avanzada para abarcar en su espíritu y fundir en una unidad más alta las impresiones tan diferentes y las ideas frecuentemente tan contradictorias que sienten y profesan las gentes de la tierra firme y las de la costa estremecida por el choque de las olas: por todas partes, en los orígenes, se manifiesta como un desdoblamiento entre los dos grupos de poblaciones actualmente unidos en el conjunto mundial. «La historia se ha engrandecido por grados con la grandeza de los mares»¹ y se hace una cuando todas las cuencas marítimas se han unido en el inmenso Océano.

Una marcha de guerra, á menudo desviada por las incursiones y las conquistas, separaba los enemigos. Establecidos en islas ó penínsulas, los rudos marinos querían reservarse la posesión de sus pesquerías de peces, de conchas, quizá de corales, de ámbar, de perlas y se proveían para el tráfico de los objetos preciosos con los países lejanos. Según las circunstancias, eran comerciantes ó piratas: en tal lugar de cambio donde no hubieran podido ser los más fuertes, se presentaban como mercaderes honrados, cambiando sus géneros de conformidad con las reglas convenidas del derecho de gentes que imponen los intereses recíprocos; en otras partes se presentaban como enemigos, saqueando ciudades, matando los hombres y llevándose mujeres y niños para reducirlos á la esclavitud.

El odio tradicional entre primitivos que difieren por el medio, la profesión y la comprensión general de las cosas, justificó durante mucho tiempo esas atrocidades.

Los Fenicios y los Cartagineses en los tiempos antiguos, los Vikings en la Edad Media y recientemente los Berberiscos y los corsarios malayos y chinos son ejemplos de esos pueblos marítimos, enemigos de las gentes

¹ Ratzel, *Anthropogeographie*, I, pág. 273;—La Réveillère, *Conquête de l'Océan*.



FARO DE LA ISLA DE UNST, EL PUNTO MÁS AL NORTE DE LAS ISLAS SHETLAND

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

de la tierra firme. Alternativamente traficantes ó piratas, según las conveniencias del momento, eran á la vez destructores por el estrago, la muerte y la esclavitud; civilizadores porque traían mercancías, por las ideas nuevas que sembraban en su camino, á veces también por los cruzamientos que hacían nacer familias más aptas para la modificación y para el progreso.

Es ciertamente indispensable estudiar aparte y de una manera deta-